

## ÁNGELES ORTIZ Y PEDRO BUENO: CARTAS A ZABALETA

Por *Miguel Viribay*  
Pintor. Consejero del I.E.G.  
Catedrático del Instituto «Virgen del Carmen», de Jaén

**S** ABEMOS que Manuel Ángeles Ortiz (Jaén 1895, París 1984) encontró en Rafael Zabaleta (Quesada, Jaén, 1905-1960) una amistad perseverante que, probablemente, encuentra justificación en la rememoranza que éste llevó al anterior de su tierra originaria, por otra parte, muy escasamente divulgada. Desde luego, no para quienes llegamos a la atención del arte, en cualquiera de sus aspectos, en un tiempos ya tardíos para cultivar la amistad del de Quesada, e ignorantes del nacimiento de Ángeles Ortiz en Jaén. Por otra parte, la veintena de años que median de 1955 a 1975, estuvo especialmente volcada a la atención de las vanguardias, por parte de quienes las utilizaron como bandera propagandística, y por los que se acercaron a ellas por razones de sensibilidad o mero atractivo, más o menos novedoso. La otra vertiente suponía un terreno propicio a la defensa mostrenca de la academia como fleco estilístico muy tardío del XIX y refugio de incapaces. Al margen, una pintura de figuración renovada, mal vista y peor comprendida por los primeros, y, claro es, odiada por los segundos. En ese sentido es necesario decir que los artistas marginados en España, a partir de 1966, fueron aquellos que se dedicaron a cultivar una figuración acorde con la sensibilidad de aquel momento de siglo que les tocó vivir; probablemente, no muy distinta de la que en estos momentos se manifiesta atenta a los aspectos de la figuración europea que, por diferentes razones, se nos han ocultado de manera sistemática e injustificada.

En tales circunstancias, es lo cierto que los dos artistas giennenses perdieron atractivo para gran parte de los teóricos de generaciones inmediatamente a la suyas, dedicados a hacer apología de la llamada y cacareada mo-

dernidad más que a cualquier acercamiento dedicado a desmenuzar, en la medida de lo posible, la verdad más aproximada al arte y su realidad. Aquella práctica, a la sazón tan nefasta como habitual en España, ha dado una visión miope de nuestro arte; de ahí que los estudios realizados durante el período señalado, todavía colea, contemplan de manera muy simplificada el panorama del arte español del último siglo, y dejen constancia en los textos producidos de su manquedad de juicios.

En mi caso, el trato con Ángeles Ortiz comenzó a principio de los años setenta. En seguida que supo de mi nacimiento en tierras giennenses me habló de Zabaleta con admiración, y con el emotivo recuerdo que el artista ponía cuando trataba de rememorar algún momento de su vida anterior relacionado con vivencias de amigos desaparecidos. En París, en Granada, y luego en Jaén hablamos de Zabaleta y de la soterrada frustración que, en ocasiones, afloraba en el pintor por no exponer en París de manera personal: lo que podía suponer en aquel momento inicial de la carrera de Zabaleta, y, probablemente, también para que el admirado Picasso viese sus obras. Ángeles Ortiz fue testigo del repetido esfuerzo que Zabaleta puso en aquella empresa, nunca alcanzada, de su exposición parisina.

Del contacto entre los dos pintores jaencianos nació una amistad que el tiempo y la distancia se encargaron de enfriar, aunque para el nacido en Jaén siguió vivo el recuerdo del de Quesada, al que jamás, que yo sepa, le atribuyó la tacañería generalizada que se le achaca. Antes bien, hacía notar cierta generosidad en él, sin advertir cicatería alguna durante sus visitas parisinas, en las que Zabaleta mostraba una avidez enorme por percatarse de la actividad artística que se desarrollaba en la ciudad parisina; contemplar pintura y reunirse con los artistas españoles que vivían en París venía a ser una práctica cotidiana. Pasados muchos años todo había quedado impreso en la memoria de Manolo Ángeles, y cuando la Diputación Provincial de Jaén decidió rendir homenaje a Rafael Zabaleta en 1980, Ángeles Ortiz se sumó a él con un escrito, especialmente emotivo, incluido en un libro publicado en 1984, cuando su autor ya había muerto. El interés de aquel recuerdo y su conexión con las dos cartas del de Jaén a Rafael Zabaleta que se reproducirán después, aconseja que llegue al lector de esta páginas como prólogo, si se quiere emotivo, a los documentos citados, con los que, a mis ojos, forma un todo que cobra unidad en las páginas que tiene en sus manos; sin que mi interés en una u otra parte del escrito pueda alterar el contenido del texto originario.



Con el título «La gracia campesina de Zabaleta», Ángeles Ortiz escribió estas notas, publicadas en el libro de Homenaje a Zabaleta (páginas 25, 26 y 27) que vio la luz en 1984:

«Lo conocí en París y únicamente en París nos veíamos siempre. Picasso me lo presentó, la mañana misma en que Zabaleta fue a verlo. Iba yo casi todos los días al estudio de Picasso y allí lo encontré. Llevaba consigo fotografías de sus cuadros y, tanto a Pablo como a mí, nos impresionaron vivamente.

Rápidamente nos hicimos muy buenos amigos. Durante sus estancias en París nos veíamos todos los días, generalmente en mi estudio, y muchas veces, siempre, diría yo, acabábamos dando largas caminatas. Me sentía muy bien con él; era una persona extraordinaria y de una gran simpatía, de una intensa gracia campesina. Yo lo veía siempre como a un pintor campesino, un gran pintor, aclaro, y, a la vez, un labriego. Lo veía como si siempre estuviera lleno de parva de trigo; daba la impresión de que estaba como saliendo de las eras y se ponía a pintar.

En París, a donde iba con alguna frecuencia, se quedaba sólo dos o tres semanas y no llegó a montar estudio. Iba a ver, a impregnarse, inteligente, ávido, pero con una serena y crítica avidez. Pero pintaba en Quesada, en el gran estudio que tenía —o yo imaginaba que tenía— en su propio cortijo. El mezclaba la pintura con la siega o la recogida de la aceituna.

Recuerdo perfectamente sus temas, sus imágenes, esos campesinos y campesinas memorables, esos olivares, esas montañas... Pero no vi su pintura, solo las reproducciones fotográficas, excepto quizás unos cuadros con tiovivos que, no sé muy bien por qué, los tengo en la memoria como si Zabaleta los hubiera pintado en París al ver las ferias. Tal vez no ocurrió así, pero en el recuerdo de esos años todo se confunde y enmaraña.

Es curioso... Con Zabaleta sólo nos veíamos de mañana, jamás de noche. Tenía yo entonces una vida social intensa, nocturna y muy extravagante, pero mis encuentros con él únicamente matinales, en horario también de campesino. Normalmente, era el estudio de Picasso el lugar de reunión; de allí salimos a andar, a recorrer el Louvre sobre todo y los jardines de las Tullerías.

Picasso tenía realmente una opinión muy sana, muy buena de él. Lo recuerdo perfectamente. Cierto es que a Picasso le ha gustado siempre mucho que aquello que hacían los otros no tuviera nada que ver con lo que hacía él mismo. Lo digo en el más positivo de los sentidos. Creo, además, que a Picasso le interesaba Zabaleta en la medida en que Rafael era un realista auténtico, no decadente. Picasso, ante las exposiciones de los pintores de la que considerábamos (y fue así) falsa vanguardia, me decía: «Mira, nosotros hemos roto con todo esto, con el arte oficial, y ahora estos



Rafael Zabaleta.

hacen un falso realismo, hacen 'pompier' ». Zabaleta era todo lo contrario. Era enteramente sano, incontaminado y verdadero. Picasso lo encontraba interesante, además, así como encontraba interesante sólo a aquellos que tenían una personalidad independiente y original dentro de la farándula».

## CARTAS

Estas notas vienen a testimoniar, a título póstumo, el recuerdo que Ángeles Ortiz conserva en París de su paisano Zabaleta; pasados treinta años de sus paseos ilusionados por la que, entonces, se consideraba la capital europea más atractiva de la cultura, y del arte en particular. Sin embargo, las dos cartas siguientes, que reproduzco con algún cuidado formal y fidelidad a su narración, arrojan no pocas luces sobre la verdad de aquel París y la supervivencia, difícilísima en muchos casos, de los artistas; de cualquier manera, más que elocuentes para conocer aspectos del vivir de los dos plásticos giennenses: el de Jaén con sus penurias y su cotidiano alrededor de Picasso; el de Quesada, con su tenacidad para conectar con los ambientes que consideraba importantes en su carrera artística. Incluido el trato con el mismísimo Picasso, tan mitificado, alrededor del sombrero cordobés que el de Jaén regaló al malagueño. De ello queda constancia en diferentes escritos dedicados a Zabaleta, entre ellos en una entrevista de mi mano al pintor almeriense Jesús de Perceval, publicada en las páginas de *Ideal* correspondientes al día 22 de junio de 1980.

La primera, dada ha conocer en el catálogo de Galería Biosca dedicado a homenajear al pintor en 1975 e incluida en la extensa bibliografía que María Guzmán facilitó del artista en el libro derivado de su tesis doctoral, está fechada en París el día 29 de octubre de 1949 y tiene que ver con la vivencia de Zabaleta durante el segundo viaje a la ciudad –el primero se había producido en 1935– y la visita a Picasso. Zabaleta debió llegar a París provisto de algunos regalos para el maestro malagueño que a éste debieron agradar, al tiempo que el obsequioso jaenés le causó grata impresión; a la luz de esta carta, fechada el 3 de octubre de 1946, que en seguida aparecerán a los ojos del lector, con sobre dirigido a nombre del pintor de Quesada a «Galerías Layetanas», Avenida José Antonio, núm. 613, Barcelona:

«Amigo Zabaleta. Cumplí tu encargo, fui a la Galería Roux-Hurtsehel y ya no tienen fechas libres que poderte dar para tu exposición; con respecto a otras galerías se me antoja difícil poder hacer nada si no nuestro fotografías de tus trabajos así he hablado con Condoy y está de acuerdo creo que debieras mandar fotografías de los cuadros que expondrías y así



Rafael Zabaleta y Aurelio Biosca.

vería que se podía hacer. Recibí tu catálogo de lo que expones ahora en las Galerías Layetanas y espero que tendrás mucho éxito. Como te supongo en Barcelona esta carta te la mando ahí.

Yo estoy en París desde los primeros días de octubre, trabajo mucho porque también quiero tratar de hacer este invierno una exposición.

El maestro se queda en Vallauris todo el invierno y no se si vendrá por París algunos días. Yo, si no fuera por lo de mi exposición y otras cositas que son casi cosas me habría quedado con él. Este verano también nosotros estuvimos de corridas de toros fuimos a ver una en Nimes y otra en Arles; las dos fueron muy buenas. Picasso me pidió te dijera que cuando vengas a París le traigas un sombrero cordobés, luego olvidamos tomar la medida de su cabeza y así quedó, es un fastidio porque le habría gustado mucho.

Vivo agitado por cosas que me han sucedido desagradables y creo que se me arreglarán o están casi arregladas, así me dice ya te diré cuando vengas.

Te mando un abrazo y muchos deseos de que tengas éxitos en Barcelona.

Tu amigo Manuel Ángeles Ortiz».

La siguiente está fechada el 3 de febrero del año 1951, dos años posterior a la que acabamos de leer; está dirigida a Quesada, y dice así:

«Querido amigo Zabaleta:

Con gran placer recibí tus noticias. Días atrás, en una biblioteca española de aquí vi en un periódico o revista que se publica en Madrid reproducido en color un cuadro tuyo muy bonito. Me parece muy bien que siempre tengas los proyectos de venir para acá con tus cuadros para exponerlos y me alegrará verte esta primavera como me anuncias en tu carta. Mi exposición siempre sigue en proyecto quién sabe si la haré en abril o mayo ando algo desanimado así y todo creo que la haré. La falta de dinero es muy jodida y por aquí todo anda de peor en peor va a ser necesario irse nuevamente para América y creo que terminaré haciéndolo pronto.

Los compañeros todos creo que están bien, los veo poco porque poco voy por Montparnase pero de cuando en cuando algunas veces los veo. El día 9 de este mes se le hace a Picasso un gran homenaje con obsequios y la biblia en pasta y si te parece bien creo que sería magnífico que de ahí vosotros mandarais vuestra adhesión si pudiera ser, ya que el homenaje a Picasso se le hace por el motivo de habersele concedido el premio de la paz que dan las organizaciones que luchan contra la guerra.

Bueno, amigo Zabaleta, te mando un gran abrazo y espero verte peor aquí esta primavera» y rubrica en esta ocasión con su nombre: Manolo».

La carta concluye, a manera de posdata, con la siguiente indicación: «Si fuera posible esta adhesión al homenaje a Picasso mándamela a mí antes del día 9».

Es probable que el epistolario entre los dos pintores sea más amplio, y desconozco las cartas que Zabaleta debió dirigir a Manuel Ángeles Ortiz; de haberse conservado deberán estar comprendidas en los documentos que el Centro de Arte Reina Sofía ha comprado, en fechas recientes, a Isabel Clara, hija de Ángeles Ortiz.

### **OTRA PERSPECTIVA**

Si en los documentos anteriores aparece el Zabaleta deseoso de conectar con los ambientes más sobresalientes del arte español en el París de aquellas fechas, por los siguientes, dirigidos al artista, podemos intuir un Rafael Zabaleta intimista, dispuesto a conservar vínculos de amistad con quienes fueron sus más estimados condiscípulos; pintores a los que admiró, cuyas propuestas estéticas corren, de alguna manera, parejas a las suyas.

Tal sucede con el cordobés Pedro Bueno (Villa del Río, Córdoba, 1910; Madrid, 1993) al que Rafael Zabaleta está íntimamente ligado, como se desprende de las siguientes misivas. Ellas nos acercan a Zabaleta y ponen al lector en posición adecuada para comprender mejor el universo plástico de Pedro Bueno. Dos universos de geografías y estéticas muy próximas ligados desde los tiempos de estudiantes de Bellas Artes en la madrileña Escuela de San Fernando. En consecuencia, no es de extrañar que cuando el jaenés, regresó a Madrid, en 1940, decida instalarse en la misma pensión que ocupa Pedro Bueno en la calle Caballero de Gracia. Fueron tiempos duros para el de Quesada que, con el cordobés, aprovechaba para dibujar en las aulas del Círculo de Bellas Artes que les ofrecía modelos del natural gratis, aprovechados por Bueno casi hasta el final de sus días. Mas, casualidades a parte, también conviene recordar que en 1941 Eugenio d'Ors funda la Academia Breve de la Crítica de Arte y, dos años después, desde ésta organiza el Primer Salón de los Once donde Pedro Bueno y Rafael Zabaleta exponen sus obras junto a las de María Blanchard, Olga Sacharof, Jesús Olasagasti, Pedro Pruna, Pedro Mazos, Fujita, Grau Sala, Eduardo Vicente y el escultor Manolo Hugué, en la tesonera Galería creada por el pintor catalán Aurelio Biosca.



Pedro Bueno.

Los dos artistas habían nacido en dos provincias andaluzas hermanas, como antes ha quedado señalado, los dos tenían lazos muy estrechos y ligados a una cultura campesina; bien que de diferente manera: Rafael Zabaleta, hijo de una familia acomodada de propietarios; Pedro Bueno, nacido en una humilde familia campesina, y, a mis ojos, el pintor más significativo de la pintura cordobesa, después de Julio Romero de Torres. Es muy cierto que, de alguna manera, se apartó de las vanguardias y no siguió los pasos de su paisano Rodríguez Luna. Sin embargo, convendría discernir sobre la separación que media entre los atisbos vanguardistas de la España de la época, la figuración renovada de los mismos años y la que empeña su existencia en hacerlo. Probablemente, si tenemos en cuenta la defunción oficializada de las vanguardias en los años treinta, los dos artistas andaluces estaban más empeñados en la puesta al día de la elaboración icónica de la pintura de lo que, en principio, se podía creer; y, desde luego, de forma más pareja a la que la figuración venía adoptando en Europa, cuyo alcance podemos contemplar en una parte del arte más significado y afín a la sensibilidad del momento que corre y a textos de hoy, también muy principales en el mismo sentido.

Por estas cartas que se conservan de su mano, entre las que escribió a Rafael Zabaleta, sabemos de la sostenida lucha de Pedro Bueno por renovar la mirada de la sociedad y mantener su pintura tan ajena a los postulados académicos como impregnada de unas verdades nuevas, y, paradójicamente, intemporales. Desde esa perspectiva no cabe duda que el maestro cordobés, como tantos otros artistas españoles de este siglo, está pendiente de una revisión acorde con su valor intrínseco y con las necesidades objetivas de la historia, que debe quedar ausentes de las opiniones sesgadas que han prevalecido en la crítica más visible y jacarandosa del arte del siglo XX. La misma que, de parecida manera, apartó al pintor de Jaén de la preponderancia real que le corresponde dentro de la pintura española de su tiempo.

Lástima que las notas del pintor cordobés no podamos acompañarlas de las contestación que debió enviar su destinatario que, como es conocido, siempre se mostró extremadamente educado con las exigencias de la buena recomendación que había recibido. En ese sentido, este Instituto de Estudios Giennenses guarda fiel testimonio del que fue su consejero. De cualquier forma, es lo cierto que de ellas se desprende la cálida relación que debió existir entre los dos artistas. Cualquier persona de ligera relación con el pintor cordobés conoce de su favorable opinión acerca del artista nacido en Quesada. De la de ambos quedó la del primero con la pintora inglesa, resi-

dente en España, «Beppo», a la que en los momentos de dificultades, que durante sus últimos años fueron abundantes, protegía el pintor cordobés; casi vecino de barrio de ésta: la pintora inglesa en don Ramón de la Cruz, él en la calle Villanueva. Entre éstos y Zabaleta su debió tejer una amistad tan filial, que, a la muerte del de Quesada, la relación con su pueblo quedó rota: Beppo Abdul-Wahab (utilizaba el nombre de su fallecido marido) no volvió a Quesada, que yo sepa, a ver el museo de su amigo; y Pedro Bueno Villarejo si lo hizo fue muy escasamente. Confieso no recordar bien el dato y deseo no falsearlo.

Los cuatro documentos que a continuación llegan a la atención del lector tienen que ver con los dos artistas y con su tiempo y, como los transcritos de Ángeles Ortiz, llegan al lector con algún cuidado en su ortografía. Ciertamente no revelan aspectos de resonancia transcendental, sin embargo conservan el pulso sostenido de lo cotidiano y austero y la lucha soterrada de la supervivencia del artista para dejar la huella de su mirada sobre las cosas. Con esa sencillez de lo «menudo», que tan bien se lleva con la obra de este artista, la soledad y la espontánea referencia a cualquier acontecimiento; estas cartas encierran un testimonio de época que, a mis ojos, tiene incuestionable interés en dos momentos diferentes de nuestra historia: tiempo de guerra y de posguerra.

El primero de ellos está fechado en Tarragona, el 23 de noviembre de 1937, y tiene el sabor agrio de los días que corren con el sentido proclive para hablar de cualquier cosa; y, sobre todo, para dejar volar la nostalgia y acrecentar el deseo de una paz futura que escasamente se deja ver. Dice así:

«Mi bueno y querido amigo Zabaleta: Anoche recibí tu carta y no sabes cuánto me alegro que te haya ido bien por tu pueblo. Yo por mi parte creí que cuando llegase al hospital me operarían, pero han creído más conveniente el yeso, así es que continúo igual que antes.

No te puedes imaginar lo que he sentido el que no estuvieses en Valencia cuando yo he estado por segunda vez, pues tenía ganas de que pasáramos un buen rato charlando como lo solíamos hacer en Madrid, ¡qué tiempos aquellos! no creas que no me acuerdo y lo hecho de menos, cada día me doy más cuenta que existen pocos hombres como mis amigos, (aunque esto parezca un poco afectado) hemos vivido un poco al margen de la realidad y ahora resulta que nuestra vida era la auténtica, real y verdadera, la única preocupación la pintura (al menos la mía y tengo seguridad que la de vosotros también) y una vida sencilla y bastante perra en cuestión de dinero; Cuánto siento no haber realizado aquellos viajes que teníamos proyectados, pero en fin ya llegará la paz, y entonces se realizarán las

ilusiones de antes y las nuevas, yo sigo como antes sin querer hacer oposiciones para profesor aunque peque de iluso.

Siento no haber podido ver tus últimas pinturas y dibujos, me ha hablado Machín de ellas y cree que tengo interés. Yo algún día dibujo pero lo rompo antes de terminar, en resumen no hago nada.

Escríbeme cuando puedas, da recuerdos a todos los conocidos.

José Luis me dio muchos recuerdos para ti, lo vi muy poco pues está de delineante en intendencia.

Un abrazo de tu buen amigo»,

y firma con su primer apellido: Bueno.

Continúa con una posdata en la que se hace mención de amigos comunes. El sobre está dirigido a nombre del pintor de Quesada, a la calle Colón, núm. 6, en Cuar de Poblet, Valencia. Las siguientes tres epístolas llevan en los sobres correspondientes las señas del pintor en Quesada. La primera está fechada el día uno de enero de 1946 en Madrid:

«Querido amigo Zabaleta: Recibí tu postal felicitándome las pascuas; muchas gracias. Yo espero que tú hayas tenido unas pascuas muy felices y que hayas terminado el año bien, o sea pintando.

Por aquí todo sigue lo mismo; pero tengo la esperanza de que con este año que empieza todo se arreglará (claro que es la misma esperanza de siempre) ¿Trabajas mucho? espero que sí, porque tú eres un gran trabajador. Yo como siempre, con los mismos embrollos económicos, pero que en el fondo no me preocupan tanto como los embrollos de la pintura, por que si te digo la verdad, tengo momentos que no sé si lo que hago tiene interés o no (sinceramente). Y me encuentro como encerrado en un cuarto oscuro, con fe en que he de encontrar un rayo de luz; pero que muchas veces hasta fe pierdo. Y le pido a Dios, que ya que me ha inspirado el deseo de pintar, que me dé también el deseo de ser puro en mi camino: De tener fuerza, nervio suficiente para no decaer. Yo sé que no he hecho nada aun pero quisiera hacerlo: Lamento todo lo falso que en mi pintura existe (si es que existe mi pintura) quisiera recuperarme, ganar el tiempo perdido y comenzar como un niño. Con la misma limpieza de espíritu, como si no supiera nada, quisiera tener no ya los ojos bien abiertos para que no se escape nada de lo que tenga ante mí, sino todos los sentidos a la vez para que cuando pinte todo vaya impregnado de emoción.

Que Dios nos dé animo a todos para seguir adelante y que no nos falte ilusión y buena voluntad.

Espero verte pronto por aquí y si no es así escríbeme si alguna vez tienes gana

Un feliz año 1936 y un abrazo de tu buen amigo Pedro».

La siguiente carta está fechada en Londres, el 20 de diciembre de 1947, y tiene que ver con el mundo intimista del artista cordobés: centrado en su trabajo y siempre dispuesto a mantener ese universo lleno de tierna espontaneidad que conserva su pintura, pasada la primera etapa del plástico. También conserva el interés de la visión que la ciudad inglesa tuvo para el artista; además de dar fe de la inviolable amistad que a lo largo de los años sostuvieron los dos pintores andaluces. Bueno se encontraba en Londres disfrutando una beca de la Fundación Conde de Cartagena, concedida por un año, y había participado en la Tercera Exposición de la Academia Breve y en la Muestra «Arte Español Contemporáneo» celebrada en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires (Argentina) en la que figuraron lienzos de Zabaleta también.

«Querido amigo Zabaleta: perdona que no te haya escrito antes ya sabes tú que si no lo he hecho es porque me doy muy mala maña para esto de escribir y por lo tanto me entra pereza.

Ya me tienes en Londres y constantemente acordándome de vosotros.

Creo que España es el único país cómodo –en estos momentos– para trabajar y no es que Inglaterra esté mal, sino que aún se nota la huella de la guerra y todo está triste y Londres en estos momentos no es lo que debió ser.

Para trabajar esta mejor nuestro país todo en estos momentos es más cómodo y los materiales más baratos, no tienes idea lo que cuesta el lienzo y lo malo que es. Yo a mi modo de ver lo que se puede ahora es hacer un viaje para ver –porque eso sí es interesante y de provecho– en estos días hay una gran exposición de Van Gogh y no sabes los cuadros que han logrado reunir, ¡qué maravilla!

Yo quería ir a Holanda, pero encuentro la dificultad del dinero. Ya he preguntado para hacer un viaje a París mas adelante pero se encuentra la misma dificultad y además la del visado que a los españoles no nos es fácil. En fin ya veremos mas adelante, por ahora lo que haré es trabajar aquí y procuraré viajar por Inglaterra que en la primavera debe ser una maravilla.

Yo creo que tú estarás trabajando como siempre.

Te deseo mucho éxito en los once. Siempre tiene interés un viaje y yo me alegro haberlo hecho y espero que aunque no trabaje todo lo que podría trabajar durante este año en España siempre me servirá para algo; lo que me gustará es tener a la vuelta un sitio agradable y trabajar y cuando me apetezca dar otra vuelta por algún otro país.

¿Tienes noticias de lo de América? ¿has vendido algún otro cuadro?

Yo no he tenido ninguna noticia sobre lo mío.

Tengo ganas de que nos veamos pero temo que no será hasta este otoño si Dios quiere.

Si alguna vez vienes a Londres que no se te ocurra hacerlo en invierno, porque los días se acaban a las tres de la tarde y el sol no se ve jamás. No obstante, Londres tiene interés, pero para vivir como no sea por obligación.

Dame noticias tuyas y dime qué haces, esto me animará yo te escribiré de vez en cuando contándole algo si es que merece la pena.

Felices pascuas y feliz año nuevo un abrazo de tu buen amigo Pedro Bueno».

Un año ha transcurrido desde la anterior carta del cordobés al jaenciano cuando remite la siguiente, fechada en la ciudad inglesa el 10 de enero de 1948, de la que la profesora María Guzmán, en su riguroso estudio sobre el pintor jaenés, deja constancia de su noticia en el catálogo publicado por la Galería Biosca con motivo del homenaje al artista de Quesada en 1975.

«Querido amigo Zabaleta; recibí tu carta que me dio mucha alegría porque veo que estás contento y que trabajas. Tienes razón al decir que notabas en mi carta que yo estaba un poco desilusionado de Inglaterra porque como es natural el cambio es muy violento, y me ha costado mucho trabajo acostumbrarme al clima, porque lo demás me entusiasma y hasta creo que era necesario el salir un poco fuera de España. Aquí fuera de los museos que son magníficos, y de que alguna vez se ve alguna cosa interesante como ahora es la exposición Van Gogh la pintura está a la misma altura que en nuestro país, y si me apuras mucho te diré que peor y, hasta tengo la sensación de que en el nuestro en estos momentos hay más movimiento. Tal vez sea porque hace más tiempo que terminó la guerra.

Yo quiero trabajar mucho el tiempo que esté aquí y a mi vuelta hacer una exposición en Estilo. Sala que como no es muy grande no creo que me sea muy difícil de llenar con lo que aquí trabaje.

Yo no sé nada sobre la exposición de Buenos Aires, pero según me dijo Macarrón una señora alemana quería comprar un cuadro mío. No se en que quedaría la cosa. En parte me gustaría porque a mi vuelta tendría algún dinero, pero sino me es completamente igual porque si Dios quiere ya lo ganaré.

Enhorabuena por los éxitos del Salón de los XI que creo que será interesante.

Espero como tú dices, que el tiempo que esté aquí Francia se normalice y los españoles podamos visitarla; porque yo tengo grandes deseos de ir a París.

No veo a Juan pero si le veo ya le daré tus recuerdos.

Creo que estarás haciendo cosas nuevas para tu próxima exposición en Barcelona, que desearía tuvieras mucho éxito.

Que tengas mucha suerte este año que empieza.

Un abrazo de tu amigo Pedro».

Es innegable la elocuencia de los documentos anteriores, en muchos aspectos, cuya interpretación deseo dejar al lector; sin embargo las dos cartas siguientes son, a mi manera de ver, doblemente interesantes para comprender la situación de los dos artistas, además de su amistad. Pedro Bueno, especialmente canijo en su vivir, antes de su estimación como pintor y de la más que holgada economía que acompañó su etapa de madurez; Rafael Zabaleta con la solvencia que le proporcionó la saneada herencia que le dejaron sus padres, ajena a cualquier necesidad de mantenerse de su pintura. Conservadas sin fecha, opto por transcribir, en primer lugar, la que hace mención de la reproducción de obras del artista de Quesada en una revista, que por otra parte coincide con la referencia hecha por Ángeles Ortiz en su carta firmada en 1951 reproducida más arriba.

«Querido amigo Zabaleta:

He recibido tu carta y no sabes cuánta alegría me ha dado el saber de ti. Yo he querido escribirte pero esperaba hacerlo cuando te girase las cien pesetas que me dejaste. Ha ido pasando el verano y yo no he podido hacerlo aún porque como tú sabes el verano en Madrid no hay quien pinte ni quien se deje pintar, solamente he hecho alguna cosilla y un dibujo que otro pero para ir tirando, yo espero que cuando tú vengas ya podré devolvértelas.

Ya me imaginaba que tú habrías pintado y sobre todo paisajes, porque estoy seguro que serán buenos.

Me dijo Mediano que ya salieron tus cuadros en su revista y en colores, yo no lo he visto pero me imagino que a ti te habrá mandado un número.

Por aquí ya empieza a hacer buen tiempo, hasta ahora ha sido imposible de calor.

Yo también tengo la idea de ir al círculo a dibujar.

Me parece muy buena la idea de exponer en Madrid en primavera. Yo también quiero hacerlo. Ya veremos.

Adiós, amigo Zabaleta, hasta la vista.

Un abrazo de tu buen amigo».

Y rubrica con la misma firma que empleaba en sus cuadros: Pedro Bueno.

El siguiente documento, también sin fecha, vuelve a incidir en la magra economía del cordobés y en los préstamos que recibe de Zabaleta, al que hace mención de una crítica publicada en «Informaciones» poco laudatoria del quehacer del de Quesada:

«Amigo Zabaleta: Hasta ayer día de inocentes, no ha salido la crítica de «Informaciones» que como verás es tonta y en el fondo insípida te recomiendo que no hagas caso y sigas pensando como te de la gana.

Hace unos días te gire el dinero que te debía cuatrocientas cincuenta pesetas, te agradecería me mandases cuatro letras diciendo si lo has recibido.

Por aquí seguimos los mismos yo estoy pintando y espero que trabajaré bastante este invierno –Dios lo quiera.

Me figuro que tu ya habrás comenzado a pintar. Haber si te animas y pintas algo para la Nacional.

Me ha telefonado “Visi” y la pobre está un poco disgustada con la venta de su retrato yo ya le ha dicho que lo más importante es que el pintor queda y puede pintar otro y que puede estar orgullosa de que su retrato se vea un día colgado en una galería del Japón –en el fondo le gusta.

Creo que lo estarás pasando estupendamente en el campo, no sabes cómo te envidio.

Adiós, Zabaleta; escíbeme y dime lo que haces.

Un abrazo de tu amigo».

En esta ocasión firma «P. Bueno».

En cualquiera de los dos grupos de escritos, gran parte debidos a la cortesía de don José Castaño Fredes, sus autores dejan entrever su personalidad, más sobre todo la sencillez de su expresión revelan de manera muy principal la personalidad del destinatario recluido en su universo de Quesada. Cartas que, de cualquier forma, en observaciones de Keyserling sobre la manera de comunicación: «...son instantes de un alma, cuya fugacidad se confía a la lealtad del que la recibe». Desde ellas la reciprocidad de un hombre que cultivo la amistad de aquellos artistas que le eran afines y, me atreveré ha decir, con escasos meandros en el alma.

Otra cosa es el Zabaleta extraño hacia el que apuntan demasiadas versiones sostenidas por intereses parejos a su escasa fiabilidad. A mis ojos, la manera de apretada gavilla que las ofrece, les confiere unidad y categoría de texto sin el cual la visión que hasta ahora se tiene de Rafael Zabaleta queda demasiado incompleta, o, si se considera mejor, velada.

# ORBANEJA, UN PERSONAJE DE FICCIÓN CON SIGNOS DE REALIDAD

(Testimonios en torno a una cita cervantina)

Por Ramón Quesada Consuegra

**D**ESPUÉS de haber enfocado desde varios ángulos la disyuntiva sobre la realidad de Orbaneja, al que en mi fuero interno no concedo otra historia ni otra existencia que la otorgada por Cervantes en su obra universal, indeciso y dubitativo no obstante como humano, a veces me ha asaltado la sospecha de si este pintorzuelo pudiese tener un pasado más amplio que en el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* le concede el autor. Así que, llegado, pues, a esta perspectiva en la que la incertidumbre se amalgama con la creencia en mi cabeza, escribir de esta premisa, la verdad es que, como bien dice Dámaso Alonso en su brillante prólogo a *Aproximación al Quijote*, obra de Martín Riquer, «valga sólo como una primera aproximación a esta aproximación, como una invitación a su lectura».

Me surgió la idea de este trabajo de extrema sencillez, después de haber degustado otra vez las mieles de la alocada epopeya de Don Quijote por las exuberantes y plácidas tierras de La Mancha, entre desaguizados y dispares aventuras emanadas de una prematura demencia senil y por habersele «secado el seso» con la lectura indisciplinada de libros de extrañas aventuras de caballerías en los que consumía sus menguadas rentas y entre los que se encontraba *Felixmarte de Yrcania*, libro en tres tomos del ubetense Melchor Ortega que también alimentó el fuego de la hoguera al ser arrojado por la malhumorada familia del hidalgo manchego.

\* \* \*

«Llegados a un mesón, alojáronle en una sala baja a quien servían de *guadameciles unas salgas viejas pintadas, como se usan en las aldeas. En*